

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 32, pral. izq.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

LA SOLUCION EN EL OTOÑO PRÓXIMO.

Nueve meses van trascurridos desde que el pueblo español, ayudado por los generales libertadores, derribó el trono, ó para hablar con más exactitud, á la persona que lo ocupaba.

Nueve meses son suficientes para que se sepa sobre poco más ó ménos el resultado probable de cambio tan radical, en la manera de ser de un pueblo.

Y, cosa estraña, á estas fechas nadie adivina á dónde van á parar los hombres de la revolucion; comprometidos por ella á resolver el problema del porvenir de la patria.

Se ignora hoy lo que va á suceder mañana. Se carece por completo de noticias acerca de la suerte futura del país. ¿Basta la promulgacion del código fundamental para resolver el problema?

La Constitucion declara que la forma de gobierno es la monarquía.

¿Dónde está el monarca? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

El gobierno no cree prudente decir una palabra acerca de esto, y sus razones tendrá para ello. Pero el país merece saber algo de lo que ha de pasar en adelante.

Una de dos; ó puede vivir España en perpétua interinidad, ó se hace necesaria la pronta solucion del problema puesto sobre el tapete.

El partido republicano sabe lo que quiere, y lo dice con toda franqueza.

Quiere la República, que es una idea; y como esta idea la puede representar un ciudadano cualquiera elegido por sufragio universal, el partido republicano no se veria en apuros para resolver el problema segun su criterio.

El partido carlista sabe igualmente lo que quiere, y tambien lo dice con franqueza envidiable.

Quiere la monarquía tradicional representada en Carlos de Borbon y de Este.

Ocioso es decir que el partido llamado isabelino sabe perfectamente á dónde va á parar, si las circunstancias le ayudan. Quiere la restauracion representada en Isabel de Borbon ó en su hijo, que esto debe ser lo de menos para quien tal desea. Lo importante para dicho partido es que la dinastía caida se alce de nuevo poderosa.

¿Qué quiere el partido liberal, el gran partido liberal representado por la mayoría de la Cámara y por las ocho personas que componen el poder ejecutivo?

Digámoslo con franqueza. El gran partido liberal no sabe lo que quiere. El gran partido liberal no representa una idea, como el partido republicano; ni siquiera representa una persona, como el partido carlista.

No tiene, pues, la situacion idea fija. No sabe á punto fijo lo que quiere.

La monarquía, han dicho varios oradores notables, es una institucion personal.

¿A qué persona vuelve sus ojos el gobierno? ¿A qué persona piensa ceñir la corona de España el gran partido liberal?

Segun algunos diputudos de ese gran partido, no hay otra candidatura posible que la del duque de

Montpensier. Ellos están decididos á votar en favor de esta persona.

Otros hay que viendo en Portugal el principio de una dinastía nueva para España y el germen de un gran pueblo compuesto de ambas naciones, no cederán un punto en sus nobles aspiraciones de union ibérica.

Susúrrase que no faltan diputados en el gran partido liberal, animados del mejor deseo en pro de lo que la revolucion ha derribado, que aguardan tranquilos el momento de manifestar estos deseos, y que confían en verlos realizados.

Hay algunos que, sin aficion particular á este ó el otro candidato imaginario, confían en el tino y pericia de elevados personajes y esperan que estos indiquen la solucion mejor, para dar su voto á lo que creen de antemano que ha de ser bálsamo tranquilo de las heridas abiertas por la revolucion de Setiembre.

Existen, por último, diputados que se llaman independientes; personas de conciencia pura y de indomable carácter, cuyo patriotismo en la cuestion de candidato al trono llega hasta el extremo de no pensar en ninguno.

Resulta, pues, que la política del gobierno, ni tiene por norte una idea fija, ni una persona determinada.

En esta situacion nos sorprende el verano.

Un verano que empieza así, puede ser fecundo en aventuras. Sobran los aventureros y nada tendrá de estraño que algo suceda.

Pero como en lo que depende del país y de los partidos, el porvenir nunca es tan oscuro como en lo que depende de gobiernos y mayorías, que son, en general, entes misteriosos, lo que puede suceder es más fácil de adivinar y nosotros no lo vemos tan sumido en la sombra.

La política del gobierno no obedece, hoy por hoy, á un plan determinado.

El gobierno, como la Hacienda, como el país, como la mayor parte de los ciudadanos, vive al dia. A tal estado hemos llegado, que no hay medio de vivir de otro modo. Cada dia que pasa en paz, es un dia ganado.

El gobierno, irresoluto é indeciso, vive dentro de un círculo de gentes decididas y resueltas á todo. Se conspira sin escrúpulo. Entran las boinas por aquí y los moderados por allá. El partido republicano, incansable en su propaganda, se lleva poco á poco tras de sí á las masas y á la clase media. El gobierno en tanto come hoy en la embajada de Francia, mañana en la de Portugal. Hoy asiste á una fiesta de inauguracion, mañana á un gran baile, al otro á una serenata, y espera que el dia menos pensado le digan de Paris que el negocio del monarca está hecho.

Pero este negocio va despacio. No se dan monarcas con tanta facilidad, y mientras parece uno, hay quien sueña en un puerto de Andalucía con cetros y coronas; hay quien desde los bancos de la mayoría dice pestes de los derechos individuales; hay quien asegura que el conde de San Luis conferencia con personas importantes de la situacion, y que el de Chestre venia á cosa hecha; hay quien va creyendo que D. Antonio Rios Rosas es un excelente hombre de gobierno, y hay quien da como cosa segura que la Milicia nacional es un inconveniente.

No hay una sola voz autorizada que diga: El gobierno acabará la obra revolucionaria en tal plazo. El gobierno piensa llegar á la solucion del problema monárquico de este ó del otro modo.

Y es que nadie se atreve á hablar por no incomodar al vecino; es que á la mitad de la situacion le sobra la democracia para llegar á la monarquía, y á la otra mitad le sobra la monarquía para llegar á la democracia.

EUSEBIO BLASCO.

LA OTRA CRISIS.

En nuestro artículo del 1.º de este mes incurrimos en un error gravísimo, hijo de aquella petulancia que todos los hombres de orden reconocen en las oposiciones, sean cuales fuesen.

En efecto, escrito el artículo en martes, lo mismo que este, anunciábamos otra crisis para el jueves; y nuestra impaciencia nos puso en ridículo, porque la crisis no ocurrió ó á lo menos no se manifestó hasta el viernes.

¡Qué gozo debe ser el de un ministerial sincero, cuando las apasionadas oposiciones, en su ciego frenesí, cuentan hasta los días de la semana!

¡Ah, qué no me sea á mi dado tamaño regocijo!

Pero cerremos el pecho á los impulsos de esos deseos, nacidos quizá de una envidia inconsciente, si es que la oposicion tiene derecho á usar ese adjetivo que hace tiempo ha fijado su residencia en los bancos de la diestra.

Y no se crea que aludo á la mayoría al decir diestra, por más que crea que una mitad de ella lo es en sumo grado; quise decir: los bancos que caen á mano derecha del ministerio, que ahora ha estado á punto de caer á manos de la izquierda.

Ahora bien: ¿cosa más rara se nombra un ministerio; se modifica el ministerio; se remienda el ministerio: no hay camarillas frailunas, no hay los célebres obstáculos tradicionales; los republicanos en sus manifestaciones andan tan silenciosos que parecen los discípulos del abate L'Épée. Se les pregunta si firmarán, y responden: firmaremos; se les pregunta si jurarán, y responden: juraremos. La existencia ministerial debería deslizarse plácida y tranquila en el lago límpido y sereno del interregno, y sin embargo...

Por la noche se susurra que hay crisis; á la mañana siguiente aparece un candoroso decreto del ministro de Gracia y Justicia; al medio dia conciertan los cimbríos un voto de censura; por la tarde se purga el ministro de la Guerra, y por la noche dice La Correspondencia que no es el general Prim quien ha ofrecido carteras á los republicanos.

Estos, entretanto, permanecen impasibles.

Ni dan lugar á que el Sr. Sagasta pronuncie el menor párrafo sobre reparticion de bienes, ni dan el decreto del Sr. Herrera, ni dan motivo para el voto de censura, ni dan la causa de la bilis del presidente del Consejo, ni le dan la purga, ni dan crédito á la noticia de La Correspondencia.

No hubo partido que diera ménos de sí.

De manera que la nueva crisis es un verdadero producto indígena de la mayoría: el ministro de

Gracia y Justicia da el decreto, que es la base, y los cimbríos dan la batalla, que es el componente.

No hay duda, ¡dioses inmortales! escarmentado el Sr. Becerra con no haber leído la circular primera del ministro de Gracia y Justicia á los regentes de reinos, digo, de audiencias, que es lo mismo para el caso, se ha dado maña para leer su último decreto, y no nos admiraría de que antes de leerlo hubiese formulado el voto, adivinando lo que el decreto había de ser, ó mejor dicho, deduciéndolo; porque el Sr. Becerra es gran matemático, y podía formular: dado el ministro H (Herrera), y dada una magistratura U (unionista), y dada una elucubración D (decreto), resulta C (censura). $H + U + D = C$. Censura, cartera, crisis, cimbríos, candelero, etc.

Y no hay duda: el ingenio español es tan vivo, que puesto á hacer crisis las hará desde hoy en adelante de tal modo, que asombre á los pueblos más prácticos. Ahora las hace solita una mayoría sólida y compacta, sin que nadie la vaya á la mano; en el corto tiempo que lleva se come los codos tras el oficio, y llegará á devorarse toda como siga por este camino.

Pero al fin esas crisis las hace, digámoslo así, *inter vivos*, y por lo que voy viendo, todavía puede llegar á un punto sublime á que no alcanzó ninguna mayoría.

Si, como lo tiene merecido, se encerrase á todos sus individuos difuntos en el Panteón nacional, ¿creen ustedes que su conducta sería como la de los cadáveres vulgares? No señor.

A los dos días habrían hecho crisis.

ROBERTO ROBERT.

COSAS DEL DIA.

Mi colega reaccionario *El Cascañel* ha de permitirme este inocente plagio.

¡Cosas del día!

Suspéndese el ánimo y se confunde la imaginación cuando pretende estudiar todos y cada uno de los acontecimientos del día; ¡tantos son en número y tan grandes en importancia!

¿Puede negarse, por ventura, la gravedad del manifiesto inverosímil del llamado Carlos VII?

Ese memorial respetuoso dirigido á los españoles en solicitud del trono vacante.

Ese memorial que, principiando por declarar el *derecho divino*, acaba por reconocer la soberanía nacional.

Ese documento, en que hay una frase lisongera para cada debilidad, un halago para cada partido, un estímulo para la holgazanería, una promesa para la ambición.

Documento, en fin, que ha llenado de regocijo á *La Regeneración*, y está dicho todo con esto; ¡y cómo se ha puesto alegre y dicharachera la mencionada *Regeneración*! Por ahí por las calles se ha vendido sin rubor como otro periodiquillo sin importancia.

Casi tan grave como el manifiesto del pobre Carlos VII (¡¡así lo llaman!), es un folleto en que van juntos—y así deben ir—los discursos presentados á la Academia española para la recepción—que no tuvo efecto—del delicioso Pepito Selgas. Lástima que ambos discursos sean tan malitos, porque en verdad no les falta intención.

Y hablando de documentos, ¿dónde dejaremos el último decreto de Martín Herrera?

Creíamos todos buenamente que el ministro novel había de contentarse con el grado de popularidad que su circular primera le había proporcionado, suficiente para colmar una mediana ambición; pero, á lo que parece, el Sr. Martín Herrera, resuelto á conquistar celebridad, no se contenta con poca cosa, y después de la circular firma un decreto que es origen de un voto de censura, y que produce una crisis.

Verdad es que ahora una crisis se produce con algo menos, pero vamos al decir, el Sr. Martín Herrera que tan pacato y tan aturdido parecía en el Congreso, recobra sus bríos en el despacho, y está decidido á hacer mangas y capirotos si le dejaran.

Lo que de esto se ha seguido es incalculable.

Reuniones de progresistas y demócratas,

Reuniones de unionistas,

Consultas con los republicanos,

Conferencias con Rivero,
Más reuniones de progresistas,
Nuevas reuniones nocturnas,
Discusiones matinales,

Y nombramiento de comisiones, y noticias contradictorias, y dimisiones simuladas—como si dijéramos *salidas falsas*—y transacciones y nuevas crisis.

Entretanto *La Correspondencia* afirma que se han ofrecido por el general Prim las carteras de Estado y de Hacienda á los republicanos, y sostiene que no es exacto que se hayan ofrecido esas carteras.

Y si llevamos nuestra vista más allá del estrecho círculo de Madrid, vemos:

Movimiento en Andalucía.

Agitación en Cataluña.

Trabajos de carlistas en Búrgos, en Leon, en Navarra, y en mil partes más.

Y dígame lo que se quiera, esta animación, esta fiebre incesante es la vida, esta agitación que asusta á los miopes, no es el síntoma precursor de cataclismos inminentes, no, es la promesa de la libertad, es el enunciado de un problema, cuya única solución,—con perdón del ciudadano Sagasta,—es la República.

El calor, sin embargo, ahuyenta á muchos diputados, que no es bien que un representante del país sude ni más ni menos que el más oscuro ciudadano. Buen viaje.

En el Congreso continúan discutiendo si el Estado debe ó no debe subvencionar á los ferro-carriles gallegos.

La razón, la justicia y la ciencia dicen que no.

Mucho me temo que la mayoría diga que sí.

A. SANCHEZ PEREZ.

LA SEMANA DEL HAMBRE.

¡Oh! ¡El hambre es terrible, más que terrible!

Es horrorosa. Lléguese Vd. al Museo y contemple el cuadro del hambre.

Seguro estoy de que á los diez minutos de contemplación se le ponen á Vd. los pelos de punta.

Aquellos semblantes cadavéricos; aquellas figuras demacradas; aquellos dedos flacos que se estienden hácia adelante buscando algo, sea lo que sea, para llevarlo á la boca; aquellos ojos desmesuradamente abiertos...

Arte se necesita para copiar tales figuras; pero el arte que expresa de este modo, francamente, hace daño á la vista.

Yo aseguro que no me hace feliz el cuadro del hambre que hay en el Museo del Prado.

Aseguro más: si yo viera el hambre personificado en alguna humana figura... creo que no podría resistir la emoción que había forzosamente de causarme.

Cuando pienso que puede llegar un día...

Pero no quiero asustar á la situación. Iba á decir que puede llegar un día en que el hambre domine en España.

No, no. Ya se tomarán medidas preventivas. ¿No se toman para manifestaciones menos graves?

Figurémonos, sin embargo, un día de hambre en Madrid.

Un día en que cada pan costara veinte reales. Un día en que los hijos pidieran pan á los padres, y los padres no pudieran dárselo...

No sé si al lector le sucederá lo que á mí. Con solo pensar que esto pudiera suceder, me dá escalofrío.

Suprimo toda suposición de este género. Conven-gamos en que el hambre, en toda su desnudez, es una cosa muy horrible.

Pero hay dos hambres. El hambre fina y el hambre basta. El hambre desnuda y el hambre vestida de moda.

No se crea que aludo á los pobres de levita. Esto podría ser objeto de un artículo de costumbres.

Me refiero al hambre política. Hambre devoradora que atropella por todo. *Apetito desordenado*, como llama el Catecismo á la envidia. *Incendio voraz*, como llaman al amor los zarzueleros.

Salía yo del Museo sumido en tristes reflexiones. El cuadro del hambre me había puesto triste. Dicen tales cosas los diputados de ciertas provincias acerca de la miseria que corre, que francamente, el caso no es para menos que pensar un poco en lo que suceder pueda en adelante.

En Madrid no andamos muy sobrados; la libertad nos ha cogido sin dinero, y el menos dispuesto á cosas de oficina solicita los reales por miles, y que no bajen de treinta. ¿Tendré yo razón al suponer que el hambre está casi tan cerca como el rey sanluqueño?

Pensando así, llegué hasta el Congreso. ¿Qué había de hacer sino entrar? ¿No entra allí cualquiera? Entré.

La imaginación es una falsa amiga. Parece que se complace en desfigurarlo todo á nuestros ojos. ¿Pues no me hacía creer que la mayor parte de aquellos hombres que por la casa andaban, tenían el rostro macilento y flaco como los del cuadro que momentos antes habían visto mis ojos?

Aquellos hombres estaban bien vestidos; tenían reloj, cosa que ya va siendo rara: brillábase el sombrero al sol, y ostentaban cruces y cintas de colores en la solapa de la levita.

Y sin embargo, se me antojaba á mí que su cara revelaba hambre devoradora.

Quise convencerme. Me acerqué á ellos... ya no dudé; ¡rabiaban de apetito!

¡Qué de frases incoherentes, qué de preguntas capciosas, qué de amenazas murmuradas con desesperación!—¿Me quedo yo sin nada? (dice uno).—¿Y á mí qué me dan? (exclama otro).—¡Mi tajada no se escapa este vez! (añade un tercero).—¡Pícaros! (un cuarto).—¿Valgo yo menos que ellos? (dos cuartos).—¡Yo debía ser general! (un quinto).

Y se codean; y se miran unos á otros; y se abalanzan á Herrera que sale; y quieren comerse á Martos que entra; y avanzan con la boca abierta hácia el regente, que ni entra ni sale. A Prim quieren devorarlo, pero no llegan, y se devoran en silencio unos á otros. El más amigo es un pícaro; el más leal es un intrigante, y parece que de todos los rincones sale una voz desfallecida que grita:—¡Pan, pan! y otra que grita:—¡Vino! y muchas que exclaman: ¡Coche! y hay quien quisiera comerse hasta el coche. Razon tienen los cocheros para no salir á la calle.

¡Horror! Esto desconsuela; esta hambre vestida de limpio me parece más terrible que la que se ostenta desnuda en el cuadro del Museo del Prado. Huyamos, me digo á mí mismo, y temo no salir entero de la gran casa.

¡Ah! Bien puedo creer que hay miseria en las aldeas y apetito en los pueblos, cuando en la capital corre un hambre tan fina. Pudieran estos señores diputados poner los medios de evitar el hambre nacional; pero hartos tienen que hacer ¡infelices! para remediar la suya. Tenga calma el país, que antes son los señores; y de este modo, si ellos se remedian pronto, podrán ir á visitar los enfermos en coche.

EUSEBIO BLASCO.

LOS PAPAS.

(Continuación.)

Inocencio IV se distinguió por un hecho notabilísimo, cual fué amparar á los judíos de Alemania, que por causa de sus grandes riquezas eran objeto de odio de los príncipes. Y no fué porque viendo ricos á los observantes de la ley de Moisés quisiera tenerlos de su parte, no: fué por pura humanidad, ó mas bien por pura caridad, lo cual, bien mirado, es muy diferente.

Urbano IV hizo un tratado con San Luis y Carlos de Anjou, merced á cuyo tratado el Papa, quiero decir, la Iglesia, había de reinar sobre tierras del joven Coradino. Y fué tan piadoso como político en aquella ocasión, pues supo desvanecer los infundados escrúpulos del rey, y al mismo tiempo indujo al duque á que le prestase juramento de abdicar en la Santa Sede los dominios en cuya pretensión andaba, y obsequiase al Papa todos los años con la suma de ocho mil onzas de oro.

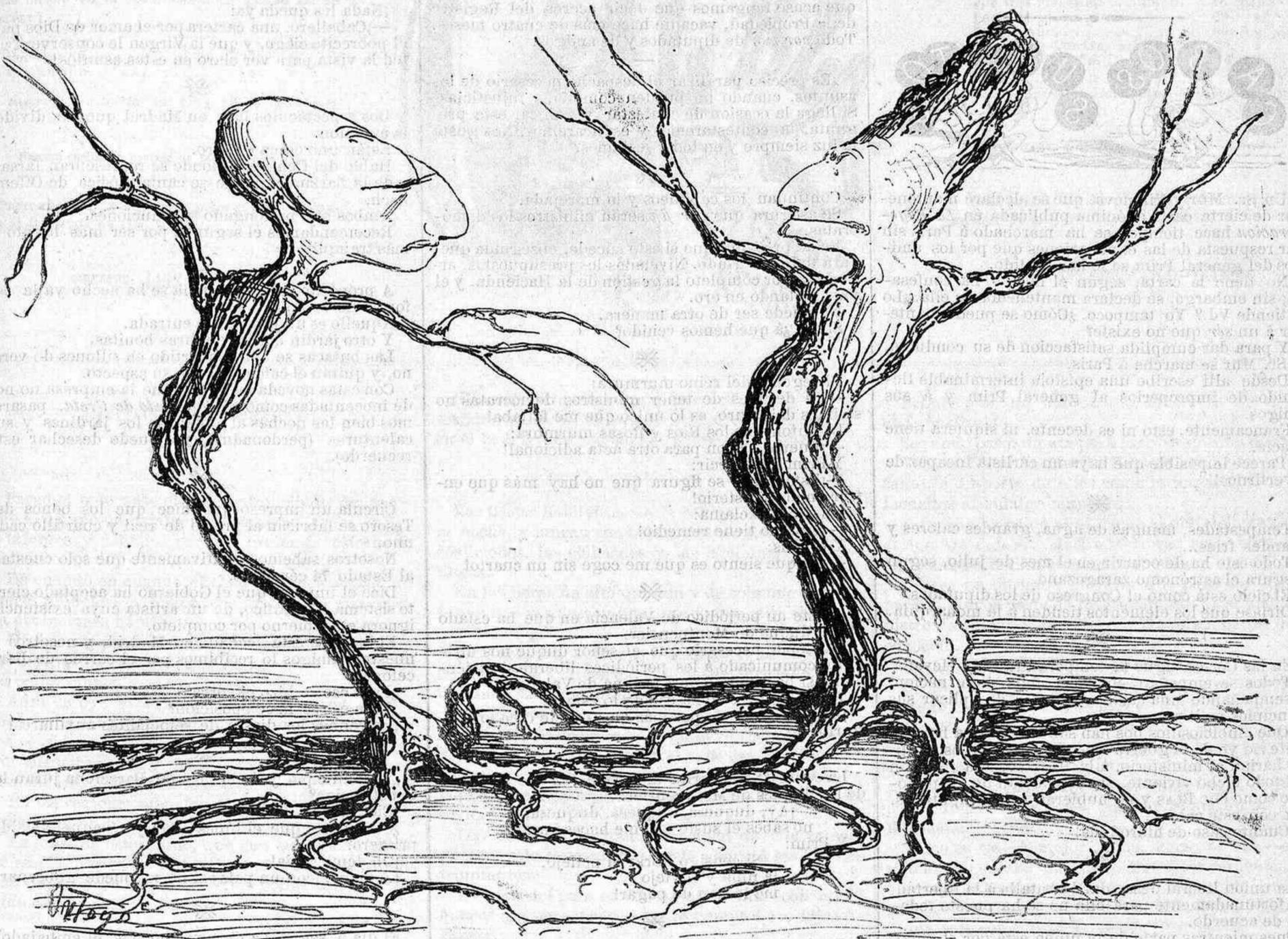
Clemente IV imitó á su predecesor, en lo posible; Coradino volvió á sus Estados, y en una batalla, él y Federico de Austria cayeron prisioneros.

El Papa conocía que los dos camaradas no prometían nada bueno, y de orden suya los hizo matar Carlos de Anjou por mano del verdugo.

Pereció primero el duque de Austria, y el impío Coradino, en vez de abrazarse á alguna santa reliquia olvidando los miserables afectos mundanos, recogió del suelo la cabeza de su cómplice y abrazado á ella recibió el golpe que tronchando la suya, les envió á los profundos infiernos.

¡Lléveme el diablo si no fué entonces cuando mejor pro-

TRATADO DE BOTÁNICA, DE LA MENESTRA.



FIGUEROLUM.

SAGASTUS.

Plantas, cuyas raices se han adherido fuertemente al terreno en que se las ha plantado. No dan fruto de provecho.

pagó el Pontificado la cultura y la civilización por el Occidente de Europa!

Martin IV subió al s6lio pontificio con las mas cristianas disposiciones, y uno de sus primeros cuidados fu6 ordenar las cosas de manera que C6rlos de Anjou gobernase fuerte y pacificamente en Sicilia mientras 6l reinase pacifica y s6lidamente en Roma.

Su piadoso celo, jam6s entibiado, le tenia consagr6ndose de continuo 6 la causa del cielo: 6 ella se entregaba todo, sin pararse siquiera en si sacrificaba lo suyo 6 lo ajeno.

La gente entregada al mundo, esclava de los enemigos del alma, no pudo sufrir ante sus ojos aquel ejemplo vivo de todas las virtudes pontificias, y gran n6mero de pecadores se unieron para combatirle.

El resultado de esto fu6 la c6lebre noche llamada las Visperas Sicilianas (tercer dia de P6scua de 1282), en que perecieron diez mil franceses, en sus casas, en las calles, en las plazas y en las iglesias.

A Bonifacio VIII se le calumnia vilmente diciendo que ocup6 el trono pontificio despues de haber hecho asesinar 6 su predecesor.

Tenemos la confianza de que si se pregunta 6 todos los verdaderos cat6licos si creen en tan b6rbaro crimen, todos, absolutamente todos, contestar6n 6 una voz negativamente.

Bonifacio tom6 por nombre; mas no fu6 tan Bonifacio que no contuviera en6rgicamente 6 los pueblos dentro del limite de sus deberes para con la Iglesia, ni diese su brazo 6 torcer 6 los reyes, sino muy al contrario.

Los Gibelinos, partidarios del Emperador de Alemania, podrian decir si le hallaron alguna vez blando con sus per-

niciosos errores, y la Iglesia mas gloriosa que ellos, dir6 si le di6 poco esplendor el jubileo inventado por dicho Papa, no por la enormisima cuanto despreciable cantidad de dinero que hizo ingresar en las arcas del tesoro pontificio, sino por las almas que salv6 de las redes del enemigo malo.

El error, la codicia y la impiedad se conjuraron contra 6l, que este pago dan los hombres 6 los que se desviven por hacerles ganar el cielo.

Felipe el Hermoso de Francia reuni6 en Paris 6 todos los envidiosos, obcecados y necios, y sin encomendarse 6 Dios ni al diablo, formaron proceso nada menos que al vicario de Jesucristo, impiedad que daria risa si no inspirase l6stima 6 los cat6licos.

Lo que mas profundamente lastima al leer la historia de Martin IV, es la loca animadversion contra 6l, de que hizo gala un principe de la Iglesia, un cat6lico, el obispo de Narbona, cuyos duros ataques al Pontifice dieron lugar 6 que el vulgo descreido dijese en son de sacrilega mofa que no habia peor cu6na que la de la misma madera.

El obispo acus6 al Papa, 6 su jefe, de simonía, de asesinato, de usura, de no creer en la Eucaristía ni en la inmortalidad del alma, de emplear la violencia para que le revelasen los secretos de la confesi6n, y de haber invertido el dinero de las indulgencias en pagar huestes sarracenas que invadiesen el reino de Sicilia.

¡Mas ay! No le acus6 de esto solo, con lo cual parece que podia darse por satisfecho, sino que teniendo el Pontifice dos sobrinas 6 quienes el cielo habia dotado de aquellas cualidades esteriorres que hacen 6 la mujer apetecible para los mundanos, y teniendo noticia vaga de dos ni6os cuyo origen era tan secreto como p6blico el fausto en que vivian, se atrevi6 el obispo 6 acusar 6 Martin de un cri-

men tan horrible, que 6 ser cierto, le habria degradado desde la augusta dignidad de Papa 6 la vulgar condicion de papa, y 6 las dos sobrinas las habria convertido en un par de tias.

No digo mas.

La audacia inaudita de aquellos hombres lleg6 al extremo de enviar dos comisionados al Papa, mand6ndole que se trasladase 6 Leon de Francia donde tenian resuelto que le juzgase un concilio general.

Los comisionados Nogaret y Colona, no tuvieron reparo en dirigirse 6 Agnani, donde residía el Papa, y sabiendo que iban 6 hab6rselas con el jefe espiritual, cometieron la desatenta grosería de valerse de medios tan materiales como fueron los trescientos hombres de 6 caballo que llevaron consigo.

Bonifacio se resisti6 como era su deber; pero ellos, sin curarse del inminente riesgo de condenaci6n eterna en que se ponian, apelaron 6 la sacrilega violencia, forzaron el paso, y entrando desaforadamente 6 la presencia pontificia, tuvieron el honor y el descaro de poner ante sus ojos la acusaci6n.

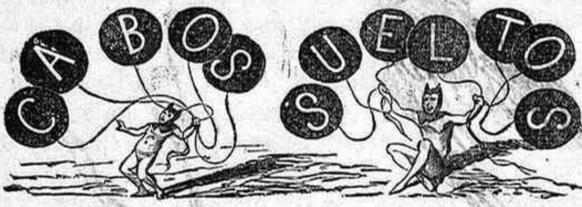
Bonifacio habria sufrido resignado todo g6nero de injurias; pero consider6ndose vicario de Cristo y viendo que aquel desacato redundaba en desdoro de Cristo mismo, se encendi6 en religioso furor, llen6 de improprios 6 Nogaret y maldijo con la mayor solemnidad al rey de Francia «y 6 sus descendientes hasta la cuarta generaci6n,» y si hubiese tenido 6 mano una de aquellas excomuniones que convierten el pan en piedras, de seguro que al primer bocado que comiera el impio rey, se destruy6 todo el sistema dentario.

Desgraciadamente no fu6 así, y para mengua del linaje

humano, Colona, al oír las meras maldiciones del Papa, le sacudió en el pontificio rostro con su guantelete de hierro y le hizo saltar la sangre que tan bizarramente le aletaba para maldecir á los hijos probables de los impíos.

ROBERTO ROBERT.

(Se continuará.)



Un Sr. Mur y Vilanova, que se declaró mantenedor de cierta carta anónima publicada en *La Regeneración* hace tiempo, se ha marchado á Paris sin dar respuesta de las explicaciones que por los amigos del general Prim se le han pedido.

No tiene la carta, según él mismo ha confesado; sin embargo, se declara mantenedor de ella. ¿Lo entiende Vd.? Yo tampoco. ¿Cómo se puede mantener á un *sér* que no existe?

Y para dar cumplida satisfacción de su conducta, el Sr. Mur se marcha á Paris.

Desde allí escribe una epístola interminable llenando de improperios al general Prim y á sus amigos.

Francamente, esto ni es decente, ni siquiera tiene gracia.

¡Parece imposible que haya un carlista incapaz de divertirnos!

Tempestades, mangas de agua, grandes calores y grandes frios...

Todo esto ha de ocurrir en el mes de julio, según asegura el astrónomo zaragozano.

El cielo está como el Congreso de los diputados. Diríase que los elementos tienden á la monarquía.

En las Cortes sigue la temperatura muy elevada. Todos se empeñan en hacer feliz á la nación, desempeñando una cartera *so color* de aplicar sus principios políticos.

¡Qué ambiciosillos nos han salido á última hora! Me río yo de la guerra que algunos de esos políticos harían al ministerio, á la libertad, á la reacción y á todo bicho viviente, si dispusieran de un periódico como GIL BLAS y no hubieran *salido* diputados. Y con este calor...

¡Cuánto caso de hidrofobia!

La union liberal desea dar la batalla á la libertad. Afortunadamente para ella no se ha puesto todavía de acuerdo.

Pues mientras parte de la union está por el señorito Montpensier, el resto se decide por el Puigmoltejo.

¡Dios de Dios! ¡Si todavía se abrazarán unionistas y moderados!

Soneto.

Sic transit gloria mundi.

Sonaba Montpensier alborozado que España la corona le ofrecía, y postrada á sus pies le prometía aceptar su dominio con agrado.

Sonaba por supuesto entusiasmado, que el buen Napoleón se callaría, que el rey de Portugal bostezaría, y que á Roma agradaba su reinado.

Sonaba muy gozoso don Antonio... y al despertar de sueño tan profundo, se encontró sin ser rey; dióse al demonio, y lanzando un *refutbre* tremebundo, le dijo al camarero:—¡Ay Celedonio! ¡Así pasan las glorias de este mundo!...

¡El día 7 se arrojan á la calle los tersos! ¡Y qué! ¿Nadie se conmueve?

Los carlistas tienen razón. Arrojadlos de todas partes, se arrojan ellos mismos á la calle de puro aburridos.

El gobierno francés se va á hacer representar en el próximo Concilio romano por su embajador especial.

¡Salir con esa embajada en el siglo XIX!...

Parece que el emperador Napoleón desea hacer la paz con Prusia.

Una casa de Marsella se ocupa con grande actividad de preparar fornituras para la guerra, que es indispensable preceda á una gloriosa paz.

Chinchón va á hacerse célebre por algo más que su *peleon*. Su celebridad futura estriba en el ministerio de Gracia y Justicia: quizá también algo de la de este estriba en aquel.

¿Se acuerdan Vds. de lo que hemos dicho acerca del Juzgado de primera instancia? Pues ya verán lo que acaso tengamos que decir acerca del Registro de la Propiedad, vacante hace más de cuatro meses. Todo *por mor* de diputados y de amigos.

¿Es preciso paralizar el despacho necesario de los asuntos, cuando no pueden cometerse injusticias? Si llega la ocasión de contestar y explicar esta pregunta, la contestaremos y explicaremos. Nos gusta la luz siempre y en todo, ¿estamos?

Continúan los cabileos y la marejada. Se asegura que *por fin* serán ministros los demócratas.

Es de presumir que si esto sucede, enseguida quedará todo arreglado. Nivelados los presupuestos, arreglada por completo la gestión de la Hacienda, y el país nadando en oro.

No puede ser de otra manera.

Si no, ¿á qué hemos venido?

El regente del reino murmura:

—¡Si después de tener ministros demócratas no salimos del apuro, es lo único que me faltaba!

D. Antonio de los Ríos y Rosas murmura:

—¡Buena ocasión para otra acta adicional!

Y Prim debe decir:

—¡Esta gente se figura que no hay más que entrar en el ministerio!

GIL BLAS exclama:

—¡Esto no tiene remedio!

Y el país:

—¡Lo que siento es que me coge sin un cuarto!

Insiste un periódico de Valencia en que ha estado allí el duque de Montpensier.

Va siendo necesario que el señor duque nos dirija un comunicado á los periódicos liberales, diciéndonos si ha estado ó no á la luna de Valencia.

Yo creo que si no ha estado lo estará.

¡Acaso lo está ya, por más que Topete crea lo contrario!

La reina (?) Margarita dice cada vez que se habla de los duques de Montpensier:

¡Ay, duquesa, duquesa, duquesa, no sabes el susto que me haces pasar!

Y Prim:

Si consigo librar el pellejo, la niña y el viejo me la han de pagar!

¡Bonito pone *La Discusion* al director de *El Cascabel*!

No dirá el director de *El Cascabel* que somos nosotros los que nos hemos propuesto quemarle la sangre.

Y lo peor es que *La Discusion* tiene razón que le sobra.

El director de *El Cascabel* opina que no se deben devolver á los periódicos las multas que en tiempos pasados se les impusieron.

¿No es esto defender á capa y espada el dinero de que se apoderó la situación anterior?

¡Bonito papel!

¡Ah, señor Frontaura! Se lo he dicho á Vd. siempre; Vd. no es liberal de veras.

Los carlistas se preparan á asesinar á un liberal gordo en la semana próxima.

Lo advierto á los diputados de la mayoría, que suelen estar bien mantenidos.

¿De que me sirve, ¡ay misero! que se haya rebajado el precio de los sellos de franqueo para impresos, si con no haber hecho todavía sellos apropiado voy á tener un lío cada vez que envíe un paquete fuera?

Arreglémoslo del todo, y será mejor.

El P. Jacinto ha defendido la tolerancia religiosa en el Congreso de la paz.

¡Pobre P. Jacinto!

¡Espontarse, con este calor, á ser mordido por el representante del Dios de paz!

¡Otra jóven que se lanza desde la azotea de una casa y muere al chocar contra las piedras!

¡Oh, la sociedad, la sociedad!

Estas y otras desgracias tienen su fundamento en la misma fuerza de las circunstancias políticas.

Se dice ya que Fernández Cuevas será ministro.

¡Esto es una lamentación!

A todo trance se quiere una cartera, una carterita para los pobres desamparados demócratas.

Estos infelices tenían su partido y lo perdieron.

Tenían su ideal y lo han prestado con poco aprovechamiento.

¡Nada les queda ya!

—¡Caballero, una cartera por el amor de Dios para el pobrecito ciego, y que la Virgen le conserve á usted la vista para ver claro en estos asuntos!

Dos espectáculos hay en Madrid que se dividen la atención.

Están uno cerca de otro.

Hablo del Congreso, donde se representan farsas, y de la Zarzuela, donde se canta música de Offenbach.

Ambos han prolongado sus funciones.

Recomendamos el segundo por ser más barato y más tranquilo.

A propósito: en la Zarzuela se ha hecho ya la reforma de verano.

Aquello es un jardín á la entrada.

Y otro jardín dentro de caras bonitas.

Las butacas se han convertido en sillones de verano, y quitan el calor solo con su aspecto.

Con estas novedades y con que la empresa no nos dé inocentadas como *El laberinto de Creta*, pasaremos bien las noches al abrigo de los jardines y sus calenturas (perdonadme, no puedo desechar este recuerdo).

Circula un impreso que dice que los bonos del Tesoro se fabrican al precio de real y cuartillo cada uno.

Nosotros sabemos positivamente que solo cuestan al Estado 74 céntimos.

Dice el impreso que el Gobierno ha aceptado cierto sistema litográfico, de un artista cuya existencia ignora el Gobierno por completo.

El impreso está fechado en Madrid, y nosotros y nuestros amigos lo recibimos por el correo de Barcelona.

¿Para eso se hizo el correo?

¿Para eso se hace oposicion?

¡Librennos los dioses de semejantes auxiliares!

¿El municipio y la milicia de Barcelona juran la Constitución?

¡Cielos!

¿Será cierto que el lunes ya la juró aquel alcalde primero?

¡Oh demagogia!

Lo dicho: ¡con un país así no se puede gobernar!

El día 5, según *La Correspondencia*, el embajador de Portugal conferenció con el regente.

Vamos, vamos: ya no devorará el fastidio su casi régio ánimo.

Una conversacion hoy, una crisis mañana... ¡qué diantre! se puede ir tirando.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Pastoril*.

CHARADA.

Preposicion de lugar es mi *prima*, amada Lola, y mi *segunda* y *tercera* encontrarás en la solfa.

Mi todo lo explicará el divino Figuerola que conoce de la Hacienda las barbaridades todas.

(La solucion en el próximo número).

BALNEARIO DE SAN FELIPE.

DIRECCION FACULTATIVA.

BAÑOS DE VAPOR.

Son un excelente medio para combatir con prontitud los dolores reumáticos, las afecciones siliticas y nerviosas inveteradas, los herpes y las escrófulas.

La facilidad de saturar el vapor con los varios principios medicamentosos que constituyen las aguas minerales naturales, hace que estos baños sean su mejor substitutivo para los enfermos que, por cualquier motivo, no pueden trasladarse á dichos manantiales.—1.

BAÑOS PORTÁTILES Á DOMICILIO.

HILERAS, NÚM. 4.

Se sirven con la mayor puntualidad y limpieza.—Precios: 10 rs., por abono, y 12 sueltos.—1.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.